

# Homenaje a José Triana

*Mario Parajón*

Fue en el curso de los años cuarenta cuando se produjo el primer “punto de giro” en el teatro cubano. Hasta ese tiempo hubo largas temporadas en que no se hizo ningún teatro y hubo otros en que el repertorio lo constituyó la comedia española de los años veinte y treinta, cuyos autores, salvo contadas excepciones, nadie recuerda: Capella y Lucio, Felipe Sassone, Francisco Serrano Anguita, Leandro Navarro y Adolfo Torrado, alternaban con las estrellas de aquel firmamento: los Hermanos Quintero, Eduardo Marquina, Carlos Arniches y don Jacinto Benavente.

La ruptura se produjo con un cuádruple acontecimiento: fundación del grupo *La Cueva* por Luis Baralt, nacimiento del Patronato del Teatro, creación de la Academia Municipal de Arte Dramático y del Teatro Universitario. El público habanero, en un tiempo relativamente corto, conoció a Pirandello, a Shakespeare, a Eurípides, a Noel Coward, a Prestley, a O’Neill y de inmediato a Anouilh y a Sartre.

Y se convocaron concursos y aparecieron los autores cubanos. Carlos Felipe en primer lugar. *El Chino* fue una muestra magnífica de obra influida por Pirandello en un ambiente ingenuamente sórdido. Muy poco tiempo después hizo su aparición Virgilio Piñera. Había escrito un poema –*La Isla en Peso*– donde se presentaba la realidad cubana en el infierno de un cañaveral. Cito de memoria, pero el verso más notable del poema decía: “*Pueblo mío tan joven, no sabes ordenar*”; y también: “*Sólo el francés leía el Discurso del Método*”. Virgilio estrenó su *Electra Garrigó* en medio del entusiasmo colectivo. No se parecía a nadie: era el grotesco nuestro, la guajira nuestra y la lengua que nos pertenecía.

Pepe Triana se acogió a esa tradición para encontrar su originalidad. Se encontró a sí mismo encontrándose con Artaud. Y ya sabemos lo que tal encuentro implica: ruptura con la *Poética* de Aristóteles, teatro que no está hecho, pero que se está haciendo ante el público. Y no hay información, no hay noticias que se transmitan al respetable. Tampoco hay caracteres: éstos se forman y se disuelven, los vemos apoderarse de la personalidad de los otros y a los otros

apoderarse de la personalidad de éstos, el caos es absoluto y al mismo tiempo reina un orden rígido gracias al cual todo lo comprendemos.

Avanzando por ese camino iniciado en *El Teatro y su Doble*, Pepe Triana da otro paso hacia adelante, fascinado por la liturgia. *La Noche de los Asesinos* se deja llevar por el “aire” del rito, el cual se apodera del cuerpo de los personajes. Ahí tenemos a Orestes y a Electra ejerciendo de asesinos en el plano de una representación que no es “vivencia” ni tampoco distancia intelectualizada.

En el estreno habanero de *La Noche de los Asesinos* se produjo en el público, en las “autoridades” y en los jóvenes más abiertos a un espíritu de innovación, algo así como una profunda turbación. Sabían que la obra merecía un aplauso, pero ignoraban el alcance que debía tener ese aplauso.

Puede ser que todavía lo ignoremos y que *La Noche* necesite muchas más lecturas y que lo penúltimo y lo último de su secreto sigan mostrándose esquivos.



Marta María Pérez Bravo. *Dos palomas el 24.*